

## **La Alianza: Unidos en la Sangre**

*Dios trabaja en tu corazón,  
encendiéndolo como un horno de caridad.  
Y ¿qué otra cosa es el celo verdadero sino el ardor de la caridad?*  
San Gaspar  
Carta, 3326

Durante la reunión de superiores mayores de la Preciosa Sangre, celebrada en Tanzania en septiembre de 2014, visitamos algunas de las ciudades, aldeas y obras atendidas por nuestros misioneros. Cuando llegamos a Itigi, el director del hospital, P. Seraphim, una persona cálida y hospitalaria cuya sonrisa puede iluminar hasta el día más sombrío, nos presentó al personal y al médico de turno, que nos acompañó en la visita. En este hospital se logra salvar muchas vidas. Pasan por aquí más de 80.000 personas al año y, sobre todo, los niños tienen más posibilidades de sobrevivir y gozar de una vida sana gracias a la asistencia prenatal dispensada.

Después de la visita, caminamos unas 8 cuadras hasta la iglesia. Mientras íbamos, el P. Seraphim nos dijo que iba a celebrar un funeral por una de las enfermeras que había muerto repentinamente el día anterior mientras atendía a un paciente. A causa del calor y de la falta de embalsamamiento, los funerales se celebran lo antes posible.

Al llegar, nos encontramos con la iglesia llena de gente. Nos abrimos paso hacia el ataúd, que era un simple cajón de madera con una foto de la enfermera, sonriente, y unas pocas flores y cintas, y cada uno de nosotros fue pasando, para rezar y bendecir el cuerpo. Un grupo numeroso de familiares y amigos estaba a la entrada de la iglesia cantando una lamentación.

Los misterios de la vida y de la muerte, y el poder de la relación, de la alianza en la sangre de Cristo, se manifestaban muy claramente en aquella tórrida tarde de septiembre en Itigi. Justo antes de salir para la iglesia, habíamos visitado la sala de maternidad, donde recién nacidos, pequeñitos y frágiles, dormían en los brazos de sus madres. De ahí caminamos todas esas cuadras para asistir al funeral de una mujer que seguramente el día anterior había asistido al nacimiento de uno de esos bebés y ahora estaba en camino hacia un nuevo nacimiento, una nueva creación, mientras sus familiares y amigos, junto con el párroco, lloraban su pérdida repentina.

La sangre de Cristo nos invita a creer en el poder de estas relaciones que nos vinculan en una alianza de amor. Una alianza forjada en el amor misericordioso de Cristo crucificado que acerca a todas las personas al corazón mismo de Dios.

### **Memoria redentora**

El profeta Jeremías aludió a esta relación cuando escribió: “He aquí que días vienen – oráculo de Yahvé – en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá” (31,31). Jeremías rastrea el origen de la nueva alianza que Dios desea hacer con nosotros, refrescando nuestra memoria sobre la primera alianza que había pactado con nuestros padres, “cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto”.

La “mano de Dios”: una imagen bíblica que se interpreta de diversas maneras. Jeremías la describe comparándola con una madre que con su mano toma la mano de su hijo para cruzar una calle muy transitada. Con la ayuda de la mano de Dios, nuestros antepasados en la fe fueron

sacados de la esclavitud a través de un desierto árido y estéril. Sin la ayuda de la mano de Dios hubieran muerto, ya sea por la opresión de los que los esclavizaban o por el calor agobiante del desierto que atravesaban yendo hacia la libertad.

En esta relación única e incondicional expresada en el lenguaje de la “nueva alianza”, el profeta representa a Dios como poderoso al mismo tiempo que personal, infinito a la vez que íntimo. Describe la naturaleza de Dios en forma tan personal que la alianza ya no aparece escrita en tablas de piedra sino grabada en nuestros corazones por la mano tierna y compasiva de Dios. Jeremías describe con una tonalidad afectuosa la relación que Dios quiere tener con nosotros: “Y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo” (31, 33b).

Esto significa que Dios nos conoce de una manera muy íntima y especial. En inglés se dice “by heart”, que en español encierra un doble significado: de memoria/de corazón. Por experiencia sabemos lo que sucede cuando conocemos algo “de memoria”. Se puede aprender “de memoria” un canto o una oración. Pero a veces esto significa que los aprendemos por repetición. Repitiendo, memorizamos tantas cosas (lo que se debe y no se debe hacer, la doctrina, el dogma, fechas, la historia y la tradición), pero sin integrarlas en nuestras vidas. Podemos memorizar para un examen, pero una vez que lo dimos nos olvidamos de lo aprendido, porque no lo asimilamos ni incorporamos en nuestra experiencia de vida.

En cambio, cuando hablamos de conocer algo o a alguien “de corazón” (cordialmente, de corazón a corazón), no estamos hablando de una memoria *repetitiva* sino de una memoria *relacional*. Cuando conocemos a alguien de corazón, lo conocemos en un nivel más profundo porque le hemos dado tiempo para hablar de nuestras vidas, hemos creado un puerto seguro para que cada uno pudiera afrontar el riesgo de hablar desde la profundidad de su corazón. Estamos dispuestos a sacrificar nuestras propias necesidades y deseos por el bien del otro. No nos escondemos detrás de nuestros temores o inseguridades, no tenemos miedo de reconocer nuestra debilidad y no nos colocamos máscaras.

Conocer a otro y ser conocido por otro “de corazón, cordialmente” es el mayor de los dones porque ello despierta nuestras vidas e interesa nuestros sentimientos. Cuando conocemos y somos conocidos de esta manera, comenzamos a comprender la naturaleza de la nueva alianza. Una alianza que Dios ya no escribe en la piedra sino en nuestros corazones. Es por ello que el profeta escribe: “Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: conoced a Yahvé”, porque una vez que Dios escribe la alianza de amor en nuestros corazones, lo conoceremos personalmente.

Cuando sobrevienen las verdaderas pruebas de la vida (la muerte de un ser querido, la pérdida de un empleo, la extinción de un sueño, la desintegración de una relación) no nos ayudaría mucho conocer las reglas de memoria.

Pero la confianza de que somos conocidos por Dios “de corazón a corazón” nos ayudará, ciertamente, a superar la crisis. De esta relación no podemos separarnos porque, como rezamos en la plegaria eucarística sobre la reconciliación, Dios ha firmado, sellado y entregado esta alianza en la carne y en la sangre de Jesús “mediante un pacto que ya nada podrá romper”.

Esta relación de la nueva alianza es más que un ideal; es una realidad. Lo vemos en el sacrificio que los padres hacen por sus hijos, los esposos mutuamente, y los hijos e hijas mayores por sus padres ancianos y enfermos. Vivir en esta relación de alianza no es fácil, pero es la única razón por la que Jesús vino al mundo: para mostrarnos una vez más a nosotros, pueblo de la sangre conocido de corazón a corazón, que el amor de Dios está grabado profundamente en nuestros corazones. Una vez más este amor se expresa en la imagen de la mano de Dios, en este caso las manos de Jesús extendido sobre la cruz, clavado a un árbol y elevado para acercar todos los pueblos al corazón mismo de Dios.

## **Mediador de una Nueva Alianza**

En la Carta a los Hebreos leemos que Jesús es “el mediador de una nueva alianza”, cuya sangre “habla mejor que la de Abel” (12, 21-24). Esta es la esencia de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. En su persona y a través de su sangre, Jesús es el mediador de esta nueva alianza en la que se refleja nuestra relación con Dios. Jesús es el que reconcilia a la humanidad con Dios. En su sangre, infunde en el mundo energía y vida.

Esta transfusión de la Preciosa Sangre refleja la calidad de la relación de Dios con nosotros, que es nueva con respecto a la de la primera alianza que había hecho con nuestros padres en la fe, y que el profeta expresara con la frase tan conocida “Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”. Aquella primera alianza dañada por el pecado y rota por la traición se restablece ahora en Jesús.

Esta restauración hace que la relación con Dios sea nueva. Ahora, la “sangre rociada” se derrama desde el costado de Jesús creando un río de misericordia, un torrente de redención. Cuando miramos toda esa sangre, vemos un reflejo humano de lo divino.

No se trata de una sangre estancada, sino de un torrente de sangre que brota en la cruz y llega hasta los confines de la tierra. Esta sangre “habla mejor que la de Abel”, que también gritó desde la tierra contra la violencia y la injusticia, porque esta sangre de Cristo clama por reconciliación, perdón, misericordia y paz. Es una sangre elocuente porque habla de amor, con una cadencia de compasión y un ritmo de redención.

Esta sangre habla más elocuentemente, porque es poética y apasionada, y porque habla por toda la raza humana. La sangre del Abel clamó contra el asesinato violento que le había infligido su hermano. La sangre de todas las víctimas asesinadas, de todas las víctimas de la violencia y el terror, clama al cielo pidiendo venganza. Demasiado a menudo lo hemos visto en los últimos años con tantos ataques terroristas. Escuchamos los gritos de venganza. Este es el mundo en que vivimos, en que los gritos de venganza ahogan las invitaciones a la paz y la reconciliación.

Apoya tu oído en la tierra y escucha la sangre que gime, que grita por paz, justicia y reconciliación. Hoy hay tanta sangre derramada. El mundo está anegado en la sangre, y lucha por detener el tsunami del terror. La reacción expresada en el “tú matas nuestro rehén, nosotros matamos el tuyo” desencadena el ciclo de la violencia y acelera las matanzas. Las declaraciones solemnes que denuncian la violencia no cambian la situación. Hay sed de venganza.

Pero hemos visto adónde conduce todo esto. Después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos declararon la guerra al Afganistán y al Iraq. Desde entonces hemos estado sumergidos en un mar de sangre y lágrimas durante varios años.

La elocuencia de la sangre de Cristo es silenciada por los gritos de venganza y de represalia. La pasión poética de la sangre es cancelada por la espada de la violencia. Una vez más la sangre de Cristo debe hacer sentir su fuerza en el mundo. Sabemos que la paz comienza dentro de cada uno de nuestros corazones. Por eso rezamos: “Habla, sangre de Cristo, ayúdanos a escuchar los ecos de tu elocuencia en nuestros corazones”.

## **Una nube de testigos**

Una vez que descubramos el poder de la sangre de Cristo en nuestras vidas y que sintamos y veamos cómo puede estimular nuestro deseo de reunir a todos en torno a una mesa común, nada podrá detenernos. Desearemos pertenecer, y que todos pertenezcan. No podremos olvidar, porque siempre que nos reunimos en torno a la mesa de la Eucaristía, “debemos hacerlo en memoria de mí”. Cuando Jesús dice estas palabras en vísperas de su muerte, hablaba desde la perspectiva judía de la alianza, según la cual la alianza no solo significaba conservar y avivar la memoria sino volver a experimentarla. Hacer esto en memoria de Jesús significa que tenemos que hacer real y presente lo que Jesús hizo la noche antes de morir. A esto alude Pablo

cuando se dirige a la comunidad de Corinto dividida en facciones diciéndoles que no eran veraces ni auténticos, y no estaban viviendo con la integridad que viene de la identidad eucarística.

Esta memoria y la naturaleza de esta relación de alianza trascienden los confines de la tierra y nos ponen en conexión con la comunión de los santos. En Viet Nam, una de las primeras cosas que se ven al entrar en las casas es el altar en el que veneran a los antepasados de la familia. Son altares que suelen decorar con antorchas y velas, flores e incienso, y muchas imágenes. Esta comunión de los santos, que la Carta a los Hebreos llama “nube de testigos”, crea un vínculo sagrado y ocupa un lugar sacrosanto en todo hogar.

La nube de testigos a la que se refiere la Carta a los Hebreos es un conjunto de personas incendiadas con el fuego del amor y de la pasión por la paz, la oración, la verdad y la justicia. A estos se debía referir la gran mística Catalina de Siena cuando aconsejaba: “Sé lo que Dios quiso que fueras, e incendiarás el mundo”. Como pueblo de la preciosa sangre que trata de vivir la alianza, nuestro reto consiste en echar fuego sobre el mundo, siendo fieles al llamado de Dios que hemos escuchado en nuestros corazones.

Las nubes que forman estos testigos incendiados por el fuego del amor, de la compasión y de la paz de Dios, flotan sobre el paisaje e indican a todos que donde hay humo hay fuego. No el fuego que destruye sino el fuego que lleva a otros al amor de Dios.

En la terminología meteorológica, hay algo que se llama efecto “halo”, que es el círculo tenue que rodea el sol o la luna, y que se forma por los cristales de hielo de las nubes cirrus. Dado que solemos asociar los halos o aureolas con los santos, el desafío para cada uno de nosotros consiste en recordar que las grandes alturas se alcanzan partiendo de los lugares más bajos. Cuando el fuego de la misericordia y compasión de Dios ha eliminado la carga de nuestro pecado, la formación de la nube de testigos refleja la gracia redentora de Dios y la fe en el amor expansivo de Dios hacia todos los pueblos.

La sangre nos llama a creer en el poder de las relaciones personales. La alianza en la sangre se basa sobre las relaciones con Dios y entre nosotros. Cuando hacemos una alianza y la sellamos con la sangre de Cristo, estamos diciendo que creemos en Dios y en la divinización y bondad de cada uno. La verdadera reconciliación en la sangre de Cristo se encuentra en esta frase sencilla y perdurable: todos somos hijos de Dios, hermanos y hermanas de sangre, que estamos en relación entre nosotros y con nuestro Dios de amor y de fidelidad.

La espiritualidad de la Preciosa Sangre consiste en vivir la alianza en la sangre de Cristo, y nuestra fidelidad a la alianza refleja la calidad de la relación que la alianza simboliza, o sea la profundidad, anchura y altura del amor gratuito de Dios a su pueblo.